

inefable de sus sus sueños. La blonda hijá del Norte envolvía á su amigo en una aureola de seducción constante que quizá le habría hecho olvidar para siempre los atractivos de la Ciencia, sino hubiera tenido ella también como vimos un gusto personal insaciable por el estudio.

Los experimentos que el infatigable investigador emprendió á propósito de la electricidad atmosférica la interesaron tanto como á él. Quiso también darse cuenta de la naturaleza de esas llamas misteriosas de la aurora boreal que en las noches vienen á palpar en la atmósfera, y como la serie de esas investigaciones conducía á Spero á realizar una ascensión en globo para sorprender el fenómeno hasta en su fuente, experimentó ella el mismo deseo. Intentó él disuadirla, que esos experimentos no carecen de peligro; pero solamente la idea de un peligro que compartir con él la ensordecía á las súplicas del amado.

Después de largas vacilaciones, Spero se decidió á llevarla consigo y preparó en la Universidad de Christianía, una ascensión para la primera noche de aurora boreal.

V

LA AURORA BOREAL.

Las perturbaciones de la aguja imantada anunciaron la presencia de la aurora mucho antes de la puesta del Sol, y comenzaban á inflar el aeróstato con gas hidrógeno puro, cuando, en efecto, el cielo dejó advertir en el Norte magnético aquella coloración de transparente oro verdoso que es siempre el indicio seguro de una aurora boreal.

En unas cuantas horas quedaron terminados los preparativos.

La atmósfera completamente desprendida de toda nube, tenía una limpidez perfec-

ta, cintilaban en el cielo las estrellas, en el seno de una obscuridad profunda, sin luz de Luna, atenuada sólo hacia el N. por una luz suave que se elevaba en arco sobre un segmento obscuro y que lanzaba á las alturas de la atmósfera ligeros disparos sonrosados ó un poco verdes que parecían las palpitations de una vida desconocida.

El padre de Iclea que asistía al acto de inflar el aeróstato ignoraba que ascendería su hija; pero en el último momento entró ella como para visitar, hizo Spero una señal y el aeróstato se elevó lenta y majestuosamente por encima de la ciudad de Christianía que apareció iluminada con millares de luces, abajo de los dos viajeros, y que disminuyó de tamaño al alejarse en la negra profundidad.

Bien pronto el aeróstato, arrebatado por una ascensión oblicua, se mecía arriba de las negras campiñas, y las pálidas claridades desaparecieron. El ruido de la ciudad se alejó al mismo tiempo, y un silencio, el silencio absoluto de las alturas, envolvió el esquifo aéreo.

Impresionada por ese silencio sin igual, acaso también por el frío de la noche, quizás sobre todo por la novedad de la situación, Iclea

se apretó contra pecho de su temerario amigo.

Subían rápidamente. La aurora boreal parecía descender, tendiéndose bajo las estrellas como una ondulosa drapería de moaré de oro y púrpura, recorrida por frémitos eléctricos.

Mediante una esferita de cristal que encerraba luciérnagas, observaba Spero sus instrumentos y escribía las indicaciones correspondientes á las alturas alcanzadas.

El aeróstato continuaba subiendo. ¡Qué inmensa alegría la del investigador! Dentro de algunos minutos estaría oscilando en la cima de la aurora boreal; iba á encontrar le respuesta al problema de la altura de la aurora en vano planteado por tantos físicos, especialmente por sus maestros amados los psicólogo Ersted y Ampère,

Hablase calmado la emoción de Iclea.

—Tienes miedo? preguntó su novio. El aeróstato es seguro. No hay que temer accidente alguno. Todo está calculado. Descendemos dentro de una hora. No hay en tierra la menor ráfaga de viento,

—Nó, no tengo miedo, contestó en tanto que, con transparente claridad rosada, ilumi-

nábala una luz celestial. ¡Es esto tan extraño tan hermoso, tan divino!...! Es esto tan grande para mi tan pequeña. Hace un momento sentí calosfrio. Me parece que te amo más que nunca.....

Y echándole los brazos al cuello, le besó con un beso apasionado, largo, inacabable

El aeróstato solitario bogaba en silencio en las alturas aéreas, esfera de gas transparente encerrada en una leve cubierta de seda, en la que podían apreciarse, desde la canastilla las zonas verticales que iban á reunirse en la cima al círculo de la válvula. La parte inferior del globo quedaba ampliamente abierta para la dilatación del gas.

La oscura claridad que cae de las estrellas, como dice Corneille, habría bastado, á falta de las luces de la aurora boreal para distinguir el conjunto del esquife aéreo. La canastilla, colgada de la red que envolvía la esfera de seda estaba sujeta por ocho fuertes cuerdas tejidas en la paja de la canastilla y que pasaban por bajo los pies de los aeronautas.

El silencio era profundo, solemne: habrían podido oirse los latidos de sus corazones,

Los últimos ruidos de la tierra habfan desaparecido.

Se bogaba á cinco mil metros de altura, con una velocidad desconocida, dado que el viento de las capas superiores arrebatava al buque aéreo sin que en la canastilla se sintiese el menor soplo puesto que iba el globo inmerso en el aire en movimiento, como una simple molécula relativamente inmóvil en la corriente que la lleva.

Unicos habitantes de esas regiones sublimes, los dos viajeros gozaban con aquella sensación de exquisita felicidad que los aeronautas conocen cuando han respirado el aire vivo y ligero, dominado las regiones bajas, olvidado en el silencio de los espacios toda las vulgaridades de la vida terrestre, y mejor que cualquiera de cuantos les habian precedido, apreciaban su situación única, doblándola, decuplicándola con el sentimiento de su propia felicidad.

Hablaban en voz baja, como si hubiesen temido que los ángeles les escucharan y que se desvaneciera el encanto mágico que les tenia suspendidos cerca del cielo.....

A veces, luces súbitas, rayos de la aurora boreal, llegaban á alumbrarles, y en seguida

volvía todo á una oscuridad más profunda y más insondable.

Bogaban así en medio de su constelado ensueño cuando un ruido brusco, especie de silbido sordo, trizó sus oídos. Escucharon, inclinándose por encima de la canastilla.

El ruido no venía de tierra. ¿Era un murmullo eléctrico de la aurora boreal? ¿Era alguna tempestad magnética de las alturas? Parecía que desde el fondo del espacio venían relámpagos que les envolvían y luego se desvanecían.

Andieron, jadeantes. El ruido se producía muy cerca de ellos.... Era el gas que se escapaba del aeróstato.

Sea que la válvula se hubiese entreabierta por sí misma, sea que en sus movimientos hubieran ejercido alguna presión sobre la cuerda, el gas huía!

Spero advirtió pronto la causa del inquietante ruido; pero con terror, porque era imposible cerrar la válvula. Examinó el barómetro que, lentamente, comenzaba á subir: el aeróstato descendía; y la caída al principio lenta, pero inevitable, había de aumentar en proporción matemática. Sondeando el espacio inferior, vió que las llamas de la aurora bo-

real se reflejaban en el límpido espejo de un gran lago.

El globo descendía velozmente, y estaba sólo á tres mil metros del suelo.

Conservando, en apariencia, toda su calma, pero sin forjarse ninguna ilusión respecto de la inminencia de la catástrofe, el desdichado aereonauta arrojó sucesivamente los dos saeos de lastre que quedaban, las coberturas, los instrumentos, el áncora, y dejó vacía la canastilla; pero ese alivio insuficiente nada más sirvió para disminuir por un momento la velocidad adquirida.

Descendiendo, ó más bien cayendo ahora con una velocidad prodigiosa, el globo distaba apenas unos cuantos centenares de metros del lago.

Un viento intenso sopló de abajo hacia arriba y sus oídos.

El aeróstato se arremolinó como cogido por una tromba.

De repente Georges Spero sintió un violento abrazo y en los labios un prolongado beso.

—Mi Señor, mi Dios, mi Todo, te amo, exclamó Idea.

Y apartando dos cuerdas se precipitó en el vacío.

El globo, ahora ligero, subió como una flecha,

Spero se había salvado.

La caída del cuerpo de Iclea en el agua profunda del lago produjo un ruido sordo, extraño, espantable, en medio del silencio de la noche. Loco de dolor y de desesperación, sintiendo que en el cráneo se le erizaban los cabellos, abriendo los ojos para no ver nada, arrebatado por el aeróstato á más de mil metros de altura, se colgó de la cuerda de la válvula, con la esperanza de caer en el sitio de la catástrofe; pero la cuerda no funcionó. Bascó, anduvo á tientas sin resultado. Tropezó su mano con el velillo de su amada, colgado de una de las cuerdas; velillo perfumado y que tenía impreso el olor embriagante de su hermosa compañera; miró bien las cuerdas, creyó encontrar la impresión de las manecitas crispadas, y poniendo sus manos en donde antes las pusiera Iclea, se lanzó á su vez. Quedóle el pie enredado en las cuerdas; pero tuvo la fuerza de desprenderse y, dando vueltas, cayó en el espacio.

Un bote pescador que asistía al final del

drama, forzó velas al lugar del lago en donde la joven se había precipitado y logró encontrarla y recogerla. No había muerto; pero todos los cuidados que se la prodigaron no impidieron que la fiebre se apoderara de ella.

Los pescadores llegaron en la mañana á un puertecillo del lago y la condujeron á su humilde choza, sin que hubiera recobrado el conocimiento.

—Georges, dijo, abriendo los ojos, Georges!

Y no habló más.

Al día siguiente oyó que la campana de la aldea doblaba.

—¡Georges, repitió, Georges!

A corta distancia de la playa encontraron su cadáver al estado de masa informe.

La caída, de más de mil metros de altura comenzó arriba del lago; pero el cuerpo continuando la velocidad horizontal seguida por el aeróstato, no descendió verticalmente sino en sentido oblicuo, cual si hubiese resbalado á lo largo de un hilo que siguiera al globo en su marcha, y cayó, masa precipitada desde el cielo, en una pradera de junto al lago, marcando profundamente su huella en el suelo y rebotando á más y

un metro del sitio de la caída; pero hasta los huesos quedaron hechos polvo, y el cerebro salió por la frente.

Apenas cerrada su fosa, hubo que abrir otra para Idea que murió repitiendo con voz apagada:

—¡Georges, Georges!

Una sola losa cubrió sus dos tumbas y un mismo sauce sombreó su sueño.

Hoy todavía, los ribereños del hermoso lago de Tyrifiorden, conservan en sus corazones el melancólico recuerdo de la catástrofe, vuelta legendaria, y no enseñan al viajero la piedra sepulcral sin asociar á la memoria el dolor de un dulce ensueño desvanecido.



VI

EL PROGRESO ETERNO.

Los días, las semanas, los meses, las estaciones pasan pronto en este planeta, y sin duda también en los demás.

Veinte veces fué la revolución anual de la Tierra en torno del Sol, desde el día en que el Destino cerró por tan trágica manera el libro en que los dos jóvenes leían desde hacía menos de un año. Su felicidad fué rápida, su mañana se desvaneció como una aurora.

Les había, si no olvidado (*), al menos

* Hay en ocasiones coincidencias curiosas. El día en que Spero realizó su ascensión que tan fatal debiera serle, uno que se había lanzado á los aires por la agitación extraordinaria de la aguja imantada que en París me anunciaba la presencia de la intensa aurora boreal tan ansiosamente esperada por él para realizar su viaje aéreo.